

Como se podría esperar en un libro tan comprehensivo (consta de veintiséis ensayos más una breve introducción, la entrevista y las bibliografías) los ensayos recorren una amplia gama de metodologías y acercamientos crítico-teóricos –algunos prescinden por completo de éstos– y son de una extensión también muy variada. Varios de los textos son más bien reseñas, otros son brevísimos. Algunos son más bien «apreciaciones» de 4-6 páginas mientras que otros, que despliegan un aparato teórico (por lo general, aunque no siempre) rigurosamente posestructuralista y representan aciertos exegéticos en algunos casos realmente originales y profundos, son de unas 10-15 páginas. Los apartados más largos cubren, lógicamente, los temas más caros a Shua: lo judío y la memoria, la literatura infantil, el humor y su género predilecto, el microrrelato («Entrevista» 313). Y hablando de género (esta vez *gender* y no *genre*), un número considerable de estos ensayos se apoya en lo que podríamos llamar una lectura del género, o se enfocan en la figura de lo femenino, la sexualidad e identidad de la mujer, o en la maternidad. A veces hasta todo esto. Si bien Shua se ha distanciado en varias ocasiones (comunicaciones personales conmigo, notas periodísticas y charlas universitarias) del fenómeno y de la categoría «literatura femenina» –por un perceptivo reconocimiento de sus tendencias limitantes y minorizantes o de señuelo

de *marketing*– este tipo de lectura, a mi parecer, emerge casi orgánicamente de las obsesiones literarias de Shua, y produce algunos de los ensayos más cautivantes del libro.

Entre los ensayos a destacar figuran los de Corbatta y Flores de Molinillo sobre *Soy paciente*. El de aquella hace una lectura de la presencia de la «guerra sucia» en la novela y el de ésta estudia la función de la ironía y la metáfora hospitalaria. También excelentes, y como los anteriores teóricamente concebidos y escritos con sofisticación y elegancia, están varios ensayos de corte feminista, los tres sobre *Los amores de Laurita* (Beard, Gliemmo, Dru-caroff) y los de Noguerol, Bilbija y García Serrano sobre microrrelato y cuento. Sobre el tema judío, el ensayo de Siskind, que teoriza el concepto de «reescritura», es especialmente notable. Otros ensayos a destacar son los de García-Corrales, Flori y la propia Buchanan sobre *La muerte como efecto secundario* y los de Zavala y Brasca sobre los microrrelatos.

En conclusión, hay que subrayar la calidad uniformemente alta de los ensayos. Lo novedoso de este libro –a diferencia de tantos ejemplos del discurso académico milenario (norte y sur) exageradamente hermético, pedante cuando no simplemente aburrido o irrelevante– es la refrescante accesibilidad de casi todos los ensayos. Esto, y la gran variedad e interés temáticos, hace que el libro sea recomendable no sólo para espe-

cialistas en la obra de Shua ni en literatura argentina sino también para investigadores y estudiantes avanzados de literatura hispanoamericana y estudios culturales.

Susana Chávez-Silverman

Veinticinco centímetros. Novela porno-metafísica, Rubén Vélez, Prólogo: Darío Jaramillo, Bogotá, Proyecto Editorial, 2002.

Si algún día se escribiera una verdadera historia de la novela colombiana debería incluir un capítulo sobre aquellas obras marginales, en el sentido editorial de la palabra, que no han merecido la reflexión crítica que, sin lugar a dudas, reclaman. Me refiero, entre otras, a *Los parientes de Esther*, de Luis Fayad, *Primero estaba el mar*, de Tomas Gonzales y *Veinticinco centímetros*, de Rubén Vélez, aparecida en diciembre de 1997 en W. C. Editores y hoy felizmente reeditada.

El Bogotá y el Medellín que aparecen en ellas –aun cuando la de González transcurre en una finca, la realidad omnipresente de Medellín pauta las referencias del personaje– estas novelas conforman un mapa diferente de nuestra geografía novelística. Se trata de una palabra más demorada, sesgada y atenta, que vale la pena explorar. Voces inconfundiblemente individuales, en su

capacidad colectiva de comunicación. Son hallazgos certeros y sin pretensiones, que nos otorgan la certidumbre de un tono propio. Más lento y reflexivo, en los dos primeros, más febril y desopilante, en el caso de Rubén Vélez, pero los tres capaces de fijar con precisión un vocablo, que no por ello deja de multiplicarse, en resonancias sugerentes o ambiguas. En todo caso, la de Rubén Vélez debería considerarse más bien como un gran teatro de voces.

Armada en torno a un delgado hilo narrativo –la niña vieja, muchacha travestida, loca insaciable, que se enamora del joven James Albeiro Yonoseque– bien pudiera formar parte del gran ciclo narrativo en torno al tema de la droga, sicarios incluidos, que arranco con la ya mítica *¡Que viva la música!*, de Andrés Caicedo. Pero aquí algo ha cambiado: se trata, ya, de la madurez de una parodia. Del burla burlando, en verso y en prosa, de los clichés arquetípicos del género. La protagonista será, cómo no, guionista cinematográfica de apellido Echevarría y habitante del Poblado, en Medellín. Padecerá, por supuesto, todos los deliquios amorosos por ese viril conductor de motocicleta que con sus veinticinco centímetros de humanidad, pene o revólver, llenará por fin todos sus vacíos.

J. G. Cobo Borda

El camino desde la estructura, Thomas S. Kuhn, compilación de James Conant y John Haugeland, traducción de Antonio Beltrán y José Romo, Paidós, Barcelona, 2002, 384 pp.

A partir de *La estructura de las revoluciones científicas*, Kuhn se convirtió en uno de los principales epistemólogos del siglo XX y revalidó su título con *La tensión esencial* y *La revolución copernicana*, entre otras obras. La presente miscelánea comprende artículos fechados entre 1973 y 1990, además de una larga, muy útil y amena entrevista biográfica. A su muerte, en 1996, Kuhn seguía trabajando en una continuación de su libro mayor, algo anunciado por los breves textos ahora compilados.

Revisando su discurso o polemizando y comentando a sus críticos, con extremo tacto y respeto, Kuhn ha planteado sus perplejidades y afinado sus categorías. Partió de un realismo convencido y lo fue fisurando, a medida que admitía lo incognoscible de lo real en sí mismo y la calidad del lenguaje como hacedor del mundo. En especial, consideró que la ciencia es un léxico manejado por una comunidad profesional, aunque sus alcances se pretendan universales y lo sean en sentido práctico. Entre los componentes de ese léxico incluyó la metáfora e hizo hincapié en la importancia de las buenas y malas traducciones.

Para Kuhn, el mundo es objeto de experiencia y ésta lo es de la comunicación. Pero el referente «mundo» no nos resulta accesible por sí mismo ni de inmediato, sino que nos lo explican unas palabras que son explicadas por otras palabras. Así es como dicho referente acaba siendo aludido por metáforas y las revoluciones científicas cambian de mundo porque cambian de lenguaje.

La ciencia busca la exactitud pero da con unas comparaciones aproximadas entre entidades que son inconmensurables entre sí, lo cual no quiere decir que carezcan de medida. Con esto, Kuhn puso en crisis su propio realismo inicial e intentó zafarse de las tentaciones extremadamente nominalistas, porque para él siempre la ciencia fue la manera privilegiada de conectar con el mundo, estando en él.

Igualmente interesante es su admisión de la diferencia entre ciencia natural y ciencias sociales, en la huella de Taylor. La sociedad reclama ser interpretada y no meramente ser descrita tal una trama de leyes. Kuhn, como legado, nos deja una pregunta más que un sistema de respuestas. La pregunta que se contesta con otra pregunta; ¿qué es la verdad? ¿es correspondencia entre categorías del lenguaje o redundancia entre la cosa y la palabra?

B. M.

Los libros en Europa

Isabel la Católica. Vida y reinado, Tarsicio de Azcona, *La Esfera de los Libros*, Madrid, 2002, 669 pp.

El quinto centenario del fallecimiento de Isabel la Católica será el año 2004. El autor del libro que comentamos parece que ha querido hacer la primera aportación de las que irán llegando, sin duda, con el motivo de este aniversario.

Tarsicio de Azcona, fraile capuchino, es el nombre religioso y literario de Jesús Morrás Santamaría, conocido especialista en la Baja Edad Media y comienzos de la Edad Moderna, que ha dedicado gran parte de su trabajo de investigación a la historia religiosa española durante el reinado de los Reyes Católicos. Antes de ver la luz el presente volumen, Azcona ya había publicado un exhaustivo estudio biográfico sobre la más famosa soberana de Castilla, sin embargo, es de señalar que, el actual está repleto de nuevas aportaciones y referencias a los estudios más recientes, por lo que puede considerarse como una obra nueva. De esta «Vida y reinado» llama la atención lo francamente bien contada que está la etapa de la guerra civil castellana, la conflictiva sucesión de Enrique IV, los primeros años del reinado de Isabel y los entresijos de

la vida religiosa de Castilla. Esta preocupación por lo religioso viene a ser una constante en la política de los Reyes Católicos, hasta el punto de que Azcona llega a hablar de una anterreforma que se adelanta en tres décadas a la que será la Reforma luterana y a la Contrarreforma que supuso el concilio de Trento.

Isabel y Fernando, para llevar a cabo el edificio de su soñado Estado nuevo, idearon un programa de política religiosa, orientado hacia tres metas: la unidad confesional, la reforma religiosa y el proselitismo cristiano.

En este denso y completo trabajo echamos en falta más biografía de la reina biografiada; más vida personal con sus alegrías y sinsabores. El autor nos cuenta mucho y bien del reinado de su personaje, y poco de lo que fue su vida privada y familiar.

Novedoso y lleno de interés es el esquemático y breve resumen que Azcona hace del proceso de canonización de Isabel I de Castilla. «A lo largo del siglo XX –dice–, sobre todo en la segunda mitad, se ha centrado la atención sobre su santidad y perfección cristianas, y su posible beatificación y canonización por la Iglesia Católica». «Aunque parece –añade–, han sido tres los focos que han presionado a fin de paralizar el